

**Noviembre 15/2002**

## **EL EFECTO PERVERSO DE LA PRESION TRIBUTARIA**

**Por Agustín Saavedra Weise**

La teoría de los efectos perversos se aplica en variados ámbitos.. Muchas veces por pretender crear "leyes perfectas", éstas terminan teniendo un efecto contraproducente y el resultado es inverso a lo esperado. Se crea un efecto perverso, algo totalmente contrario a la expectativa previa.

Los efectos perversos se dan en muchos aspectos de la vida social, política y hasta en rutinas cotidianas. Los ejemplos abundan. El embotellamiento de tránsito es el más citado; por querer salir todos los automovilistas a la misma hora y por el mismo lugar, crean un involuntario efecto perverso: ninguno de ellos puede circular, pese a la intencionalidad contraria.

Las legislaciones latinoamericanas están plagadas de efectos perversos. Pomposas disposiciones tendientes a proteger al trabajador terminan perjudicándolo. Grandiosas leyes de control no controlan nada; "estrictas" normas son más flexibles que un chicle y así sucesivamente...

La tributación, los impuestos, están con nosotros desde el albor de las sociedades organizadas. Cuando el ser humano se volvió sedentario y desarrolló comunidades estables, también se crearon mecanismos rudimentarios de autoridad que paulatinamente fueron evolucionando hacia el concepto contemporáneo de gobierno. Era inevitable cobrar impuestos, pues solamente así se podía mantener a la nascente administración y solventar obras públicas de interés común. En muchos casos, sobre todo en la edad media, los señores feudales cargaban sobre los hombros de sus siervos excesivas cargas tributarias para financiar sus guerras privadas y otras extravagancias. No faltaron rebeliones frente a estas arbitrariedades y la historia las ha registrado.

Con la creación de los modernos estados nacionales, las finanzas públicas fueron siendo más y más sofisticadas, pero el añejo concepto de la tributación persistió y persiste hasta hoy. Sin las recaudaciones fiscales y la amplia gama de impuestos directos e indirectos, no hay nación moderna que pueda sobrevivir; la burocracia estatal, las necesidades varias del sector y otros gastos públicos, se cubren solamente con impuestos.

Equidad y justicia son imprescindibles en el momento de establecer escalas tributarias. Tradicionalmente no siempre fue así y muchas veces los pobres pagaron más impuestos que los ricos. Hoy en día, las técnicas impositivas tienden a crear sistemas que progresivamente hacen que los que tienen más paguen más y mantienen el universo tributario bajo condiciones razonables de presión. Elevar dicha presión provoca reacciones contrarias. Reducir la presión podría significar que el estado quizá no alcance a solventar sus obligaciones. Empero, es un hecho que también una planificada disminución de impuestos reactiva la economía y genera crecimiento, lo que a su vez permite mayores recaudaciones.

Cuando Ronald Reagan asumió el gobierno norteamericano en 1981, lo primero que observó es que los Estados Unidos atravesaban una fuerte recesión y soportaban altísimas tasas de interés. En segundo lugar, los impuestos eran muy elevados, sobre todo aquellos que gravaban a los sectores productivos. Como es sabido, Reagan redujo los impuestos, logró reducir también sustancialmente las tasas de interés y la economía se reactivó.. ¿Cuál fue la receta básica? La reducción de impuestos.

La economía de la oferta ("supply side economics"), considera que en lugar de manipular la demanda agregada –como se estipula en los postulados keynesianos– hay que manejar la oferta global para lograr estimular el crecimiento o eliminar una recesión. Uno de los elementos sustanciales del modelo es la baja de la presión tributaria. Esto deja más dinero en manos de empresarios (productores) y público (consumidores). Los unos invierten y los otros gastan. El resultado es un claro crecimiento con generación de empleos y finalmente se obtiene mayor recaudación impositiva. Por el contrario y si los impuestos siguen subiendo, el productor se intimida, el propietario de bienes tangibles también y finalmente, el consumidor gasta menos o se queda sin trabajo. La paradoja de la presión tributaria reside en el hecho elemental de que aumentar los impuestos por encima de lo razonable puede aumentar la recesión, provocar mayor desconfianza y hasta fuga de capitales. Disminuirlos, por el contrario, estimula la economía

Esta paradoja de la presión tributaria es real y cuantificable en sus efectos perversos. Hay que evitarla, sobre todo si se quiere marchar positivamente hacia adelante con la mente en el largo plazo y no en la coyuntura.